



D. PEDRO SALINAS.

Nuevo y curioso romance en que se declara y da cuenta de los arrojos, muertes y valentias de este caballero, natural de la ciudad de Jaen: dase cuenta de las reñidas pendencias que tuvo, con todo lo demas que verá el curioso lector.

Escúchenme los valientes,
 los que presumen de altivos,
 preciándose de alentados,
 y de armas guarnecidos,
 que andais como horribles fieras,
 por ciudades y caminos,
 suspended vuestra arrogancia,
 mientras que pasó á decirlo
 del mas valeroso jóven
 que en este mundo ha nacido.
 En la ciudad de Jaen,
 cabeza de su partido,
 nació Don Pedro Salinas,
 de nobles padres, y ricos;
 lo criaron con regalo,
 siendo de muchos servido.
 Era en toda la ciudad
 el tal Don Pedro aplaudido,

por sus generosidades,
 y su cortesano estilo.
 A los veinte y cuatro años
 que eran de su edad cumplidos,
 murió su padre, y dejóle
 de su caudal el dominio.
 Estando un dia en su casa,
 ha entrado un hombre afligido,
 diciendo: señor don Pedro,
 á valerme de su ausilio
 vengo, porque de Millones,
 los guardas en el camino,
 cuatro cargas me han quitado
 que traia de tocino,
 y á mi me vienen siguiendo
 para prenderme, esto es fijo.
 Estando en estas razones,
 miró hácia la puerta, y vido,

que entró el administrador,
con sus guardas muy altivo,
para quererlo prender;
y cortes Don Pedro dijo:
Señor, este pobre hombre,
de mí à valerse ha venido,
y lo tengo de amparar:
con que así á ustedes suplico
el que se vuelvan las cargas,
y que se le dé un registro,
que aqui estan cuatro doblones,
no se le haga descamino,
que yo á tan grande merced,
siempre estaré agradecido.
Y mirando hácia los guardas,
el administrador, dijo:
entren y saquen al reo,
porque yo empeños no admito.
Viendo la desatencion
Salinas, quedó corrido,
y con grande disimulo
en su cuarto se ha metido;
y previniendo una charpa,
se la puso, y al proviso
á un trabuco narangero,
siete valas le ha metido,
y haciéndoles cara á todos,
de esta forma les ha dicho:
al que fuere desatento,
yo sabré darle el castigo;
disparó, y con tal violencia
salió del cañon el tiro,
que derribó cuatro guardas
y al administrador cinco;
los otros le dispararon
viendo el destrozo que hizo,
mas fue su fortuna tanta,
que ninguno le ha ofendido,
con que dejando las cargas,
hayen los que quedan vivos.
Entrególas á su dueño,
y de esta suerte le ha dicho,
que se fuera, y á caballo
lo acompañó hasta el camino.
El se volvió à la ciudad,
donde le dieron aviso,
que el señor corregidor
contra él tenia escrito

un proceso, y á la noche
se fue á su casa atrevido,
á tiempo que los porteros
todos estaban dormidos;
subióse á la sala, donde
estaba desprevenido
del caso el corregidor,
quitóse el sombrero, y dijo:
tenga usía buenas noches,
y sepa que soy venido
á que me dé los papeles,
que contra mí tiene escritos;
esto ha de ser sin remedio,
porque ya es empeño mio.
El Corregidor turbado,
dándoselos, dijo: amigo,
si eso es solo vuestro empeño,
así es obedezco y sirvo;
tomólos, y en su presencia
dos mil pedazos los hizo,
diciéndole así: agradezca,
que con él no hago lo mismo;
pero si en la dependencia
se anda con mas escritos,
no dejaré en la ciudad
á mis manos hombre vivo.
Volviéndole las espaldas,
hácia su casa se ha ido,
y tomando dos caballos,
un mozo, y un buen bolsillo,
á Sevilla se fue, donde
cargó de tabaco fino,
y á Jaen para venderlo,
ha tomado su destino:
y prosiguiendo su viage,
en la mitad del camino,
para quererlo robar
diez gitanos le han salido.
Pero Don Pedro animoso
al instante que los vido,
echó mano á su trabuco,
y al mozo señas le hizo,
y á un tiempo les dispararon,
siendo tan ciertos los tiros,
que de los diez se quedaron
seis en el suelo tendidos,
y los otros se escaparon,
sin decir, adios amigos.

5. 22293

En fin, llegan á Jaen
con contento y regocijo,
y á otro dia de mañana
á un costalero le dijo:
ponte este fardo en el hombro,
y por las calles á gritos
ves diciendo de esta suerte:
quién compra tabaco fino?
que quiero ver si los guardas
se me atreven á impedirlo;
y previniendo sus armas
en su compañía se ha ido.
A la fábrica llegaron,
adonde la ronda vido
del tabaco, y él entonces,
quién compra tabaco? dijo,
y los guardas admirados
de ver este desatino,
temerosos y asustados,
ni una palabra le han dicho.
Luego el administrador
por un papel le ha escrito,
diciendo: que si queria
pagando á su precio fijo
venderle todo el tabaco?
Don Pedro le ha respondido
que sí, con que á plata y oro
todo se lo ha reducido.
Se fue al reino de Valencia
donde empleó en sedahizo:
desde allí pasó á Granada,
porque un amigo le dijo
como se despacha bien
el género referido;
pero en el pinar de Baza
un mal encuentro ha tenido,
sobre defender su hacienda
dió muerte á cinco vandidos,
y así que los vido en tierra
á su criado le dijo,
que les corte las cabezas,
y que las cuelgue en un pino;
y el mozo con desahogo
luego al instante lo hizo.
Y prosiguiendo su intento,
entró en Granada un domingo,
y en el meson de la Espada
con su seda se ha metido;

á donde por un soplón
que á los guardas les dió aviso,
acudió toda la ronda.
Don Pedro así que los vido,
metiendo mano á las armas,
dice: qué se ofrece, amigos?
y el señor guarda mayor
al instante ha respondido:
saber de un poco de seda,
que dicen que usté ha traído,
y por cumplir con la orden,
el despacho es lo que pido.
Pero con grande frescura,
Salinas ha respondido:
seiscientas libras de seda
son las que aquí traigo, amigos,
sin despacho, porque yo
nunca ando con papelillos,
pero si despacho quieren,
los despacharé al proviso
de esta suerte, y disparando,
á tres se llevó de un tiro:
los otros le dispararon,
y con solos cuatro tiros
á Don Pedro le quemaron
por tres partes el vestido.
Llegó el mozo por un lado,
que estaba puesto en aviso,
y de un fuerte trabucazo
á tres partió por el cinto.
En este tiempo á Don Pedro
quién es el soplón le han dicho,
y con un carabinazo
le ha soplado los sentidos:
y saliendo con las cargas
por entre los muertos, dijo:
habrá lugar de pasar
con este contrabandito?
y viendo que no responden,
dice, pues adios, amigos.
A san Gerónimo fueron
por librarse del peligro;
y así que vendió la seda
del convento se ha salido
á una cierta dependencia,
donde un pícaro atrevido,
con otros seis en compañía,
cabezas de poco juicio,

quisieron burlarse de él,
y Don Pedro enfurecido,
arrancando de un puñal,
como fiero basilisco,
á golpes y á puñaladas,
á tres se dejó tendidos
y los otros se escaparon
huyendo muy mal heridos.
Y Don Pedro y su criado,
para Málaga se han ido;
pero en la playa de Velez
le salieron al camino
diez y seis moros, que eran
al parecer argelinos.
Embistiéronle furiosos,
pero Don Pedro atrevido,
con su valerosa espada,
colérico y encendido,
á golpes y á cuchilladas
á todos los han rendido;
y dejando cuatro muertos
maniató muy bien los vivos;
á Málaga llegó, y dando
al general los cautivos,
estimando su valor,
mucho se lo ha agradecido:
el señor marques de Lede,
que estaba á este tiempo mismo
en Málaga, con la orden
de nuestro invicto Felipó,
para ir al campo de Ceuta,
viendo su valor y brio,
le ha dicho: señor Don Pedro,
cierto, que yo agradecido,
estimára en mi compañía
viniera á Ceuta conmigo,
dándole una compañía
de granaderos altivos,
y que con ella sirviera
al Rey Don Felipe Quinto.
Don Pedro le respondió,
mostrándose agradecido:
yo estimo favor tan alto,
y el mayor afecto mio
será siempre contra infieles
defender la fé de Cristo;
y así, sepa su Escelencia

que á servir al Rey me animo.
Entonces el general,
certificando lo dicho,
con apacible semblante
le dió la mano de amigo.
Y á otro dia se embarcaron
en dos muy fuertes navios,
y á Ceuta llegaron todos
con contento y regocijo;
y á las primeras salidas
que este caballero hizo,
se engolfó tanto en los moros,
con tal valor y tal brio,
que á pesar de todos cuantos
estaban para impedirlo,
tres Estandartes Reales
trajo á la plaza rendidos,
y á los pies del general
los puso, diciendo altivo:
Recíbalos su Escelencia,
y perdone, señor mio.
El general le responde:
estos son buenos principios,
y es justo de que se premien,
con que así al premio me obligos
levantóse en fin el campo,
y á la Corte se han partido,
donde al Rey el general
discreta informacion hizo
de su esfuerzo y su valor,
y sus hechos referidos;
y nuestro invicto Monarca,
atendiendo á sus servicios,
una Encomienda le ha dado
de Santiago bendito,
y coronel de caballos
luego al instante lo hizo,
donde gustoso se queda,
sirviendo á Felipe Quinto.
Dios le libre y lo defienda
de los infieles altivos,
porque ganando victorias
defienda la fé de Cristo.
Y aqui mi ingenio suplica
á mi auditorio entendido,
que me perdone las faltas
que estos versos han tenido,

F I N.

Se hallará en Valencia en la Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria.